



Historia de la medicina

The History of Medicine

SOUBERVIELLE, UN URÓLOGO SINIESTRO, Y OTROS MÉDICOS DURANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

SOUBERVIELLE, A SINISTER UROLOGIST AND OTHER PHYSICIANS IN TIMES OF THE FRENCH REVOLUTION

Dr. Pagliere, H.

Palabras clave: Historia; Revolución Francesa; Soubervielle.

Key words: History; French Revolution; Soubervielle

El médico integra la sociedad en la que vive y, siendo él y sus circunstancias, como diría Ortega y Gasset, actúa sobre ella, la modifica, y las circunstancias orientan sus actitudes.

Lo que continúa puede clasificarse de pequeña historia o, según Unamuno, de "intrahistoria", porque revela aspectos poco conocidos, pero valiosos para el conocimiento de la verdad histórica. También Joubert ha expresado lo mismo: "La gran historia ha tratado múltiples cuadros de los acontecimientos memorables, pero su género elevado, retenido en demasía por objetos en marcha, ha dejado pasar hechos aislados, que es interesante conocer. Precisamente, estas particularidades desdeñadas son las que mejor hacen conocer a los hombres, a las naciones y a sus jefes, sacando a relucir a plena luz sus caracteres, sus pasiones y su moralidad".

Marc Baudot, pasada la época del Terror, manifestó: "¿Quién tiene la culpa de nuestros actos? No lo sabemos, nosotros obedecíamos fatídicamente a la necesidad de matar o de ser matados".

Si bien en el título nos referimos en particular a uno de ellos, no podemos soslayar a otros médicos que participaron activamente en la Revolución Francesa.

Marat, que buscaba alivio a sus males dermatológicos en prolongadas curas en la bañera, encontró la muerte en ella bajo el puñal justiciero de Carlota Corday. Su muerte fue merecida, no sólo por sus múltiples crímenes sino por haber denunciado a Lavoisier, ejecutado en la guillotina. En sus actividades como médico, no fue ajeno a la urología. Trató la estrechez uretral con bujías que impregnaba con trementina y mucílago de malvavisco, haciéndolas más flexibles que las usadas en la época y preconizó la dilatación en los sectores más afectados de la uretra.

Nicolás Chambon de Montaux, médico, miembro de la Sociedad Real de Medicina, médico de la Salpetriere, fue designado alcalde de París por elección. Le correspondió, por sus funciones, conducir a Luis XVI desde el Templo hasta la Asamblea. Sabiéndose en peligro por las atenciones que le prodigaba al Rey, renunció a su cargo y huyó de París antes de ser arrestado. Durante la Restauración, recibió el aprecio de la hija de María Antonieta, a quien le hizo llegar los cabellos que la misma Reina se había cortado y entregado a una antigua servidora suya, Mme. Roussel, amiga de la mujer de Chambon. Fue autor, entre otras obras, de un Tratado de las Enfermedades de las Vías Urinarias.

* Cramer 1746 - 5° P. B. Buenos Aires, Argentina
Tel. 783-4686

Aceptado para su publicación en marzo de 1996

A decir verdad, no hubo jamás injusticia más descarada que la de bautizar con el nombre de Guillotin al mecanismo destinado a la ejecución de los criminales. Guillotin, que era un honrado y sabio médico nacido en Saintes y doctorado en Reims en 1768, inició su profesión en esa misma ciudad y conquistó luego el grado de Doctor Regente de la Facultad de París.

Es de suponer que ejercía con éxito la medicina pues en la época en que se convocaban los Estados Generales fue elegido Diputado. Pasaba entonces los cincuenta años.

No parece que hubiese compartido las ideas de los que se proponían trastornar el mundo y sentían prisa por derribar la antigua sociedad para edificar una nueva a su gusto. En la medida en que es posible hurgar en la historia de una personalidad a quien no le gustaba que se hablara de ella, puede asegurarse que Guillotin era hombre sensato, laborioso y modesto. Sus mociones no tenían nada de revolucionario. La primera vez que hizo uso de la palabra en los Estados Generales fue para protestar contra la insalubridad de la sala y la defectuosa disposición de los bancos. "Cada uno — dijo — se encuentra de tal manera aprisionado detrás de su vecino que apenas le es posible respirar" y propuso "que se pongan respaldos a las banquetas en las que se sientan los Diputados para esas sesiones que duran de doce a catorce horas". Al llegar el invierno, procuró proporcionar una sana calefacción a sus colegas e hizo instalar en el picadero de las Tullerías, donde se reunía la Asamblea, dos confortables estufas de vapor. Tan precavido higienista no parecía, ciertamente, un bebedor de sangre humana.

Mas su propia filantropía fue causa de su desdicha; su espíritu se sublevaba ante los horrores que abundaban en la historia de los suplicios y castigos corporales. En la antigua legislación, cuando se condenaba a muerte a un culpable, era entregado al verdugo del lugar, quien desempeñaba su misión como mejor podía, según sus propios recursos y habilidad. En París y en las grandes ciudades todo transcurría con cierta elegancia, pero en las aldeas, donde el ejecutor de la justicia era un simple aficionado o un vulgar "desollador de animales muertos" muy poco experimentado en decapitaciones, las cosas no podían ir peor.

En la vieja Revue Rétrospective, de Taschereau, se describe una extraordinaria escena de ejecución capital, que tuvo por teatro una villa de Borgoña, en el siglo XVII. Se trataba de dar muerte a una muchacha de veintidós años, llamada Elena Gilet, convicta y confesa de infanticidio. El día de la ejecución, la condenada, asistida por dos padres jesuitas y dos padres capuchinos, apareció en el cadalso junto con el verdugo del lugar, que solicitó la indulgencia del público. Aunque había confesado y comulgado por la mañana para re-

cobrar ánimos, estaba tembloroso. Alegando que desde hacía tres meses padecía tercianas, rogó a los asistentes que le perdonaran si no realizaba su cometido con acierto y diligencia. De rodillas ante la condenada, se humilló, se retorció los brazos, le pidió perdón por el mal que iba a hacerle e imploró la bendición de los sacerdotes. Al fin, puso manos a la obra. Descargó un primer golpe con tan poca pericia que destrozó la mandíbula de la mujer; el pueblo abucheó y lanzó piedras al verdugo quien, arrojando el arma, pidió morir en lugar de su cliente. De pronto apareció una mujer en el cadalso; era la esposa del verdugo, que recogió la cuchilla y exhortó a su marido a continuar. Éste descargó otro golpe que derribó a la rea rompiéndole un hombro. Nuevas protestas y nueva pedrea de guijarros. El verdugo bajó precipitadamente del estrado y huyó; su mujer lo reemplazó y trató de rematar a puntapiés a la condenada; como no lo consiguió, le ató una cuerda al cuello y, tras arrojarla cadalso abajo, intentó cortar la cabeza con unas tijeras. Los jesuitas y los capuchinos huyeron y la multitud le arrebató la víctima a la mujer del verdugo. Ignoro si logró salvarse; lo único seguro es que el verdugo y su mujer murieron descuartizados por el populacho al pie del cadalso.

En tiempos en que los legisladores se esforzaban en hacer la ley igual para todos, resultaba lógico que la Asamblea Constituyente aplaudiera, como lo hizo el 10 de octubre de 1789, esta proposición del doctor Guillotin: "Los delitos del mismo género serán castigados por el mismo género de pena, sean cuales fueren la condición y profesión de los culpables". Seis semanas después, prosiguiendo con la idea, expresaba Guillotin la conveniencia de que "los condenados a pena de muerte fuesen decapitados por medio de un simple mecanismo". La moción fue aplazada, pero un año después se puso a votación y el 7 de junio de 1791 quedó incorporada al Código Penal, así redactada: "A los condenados a muerte se les cortará la cabeza".

Como puede verse, Guillotin no juega en todo esto un gran papel; toda su inmortalidad se basa en las palabras un simple mecanismo. Este mecanismo sencillo divertía furiosamente a los desocupados. La fracción realista de la Asamblea y los gacetilleros a sueldo de la Corte usaban el sarcasmo con crueldad y así el proyecto de este mecanismo fue bautizado con el nombre de guillotina. El vocablo tuvo un éxito prodigioso; la guillotina no existía todavía, pero su nombre ya era célebre.

No hay ningún documento oficial que confirme si el doctor Guillotin intervino en la confección o en el perfeccionamiento del mecanismo. Para llevar a la práctica la construcción de la máquina, el Gobierno se dirigió al doctor Antoine Louis, cirujano de la Salpêtrière, quien redactó un informe recomendando un medio práctico, invariable, cuya fuerza y eficacia pudieran deter-

minarse científicamente; estudió un instrumento del que se servían los ingleses desde hacía mucho tiempo y que reunía las condiciones deseadas. Se presentó entonces un alemán, constructor de clavicordios que, interesado en el proyecto, se ofreció a construir la máquina para cortar cabezas. Se consultó con el carpintero oficial, que presentó un presupuesto exorbitante, porque los obreros no tenían interés en poner las manos en las tablas del cadalso. Finalmente, Tobías Schmidt, el constructor de clavicordios, por 824 libras, montó en una semana una máquina cabal de la que se hicieron pruebas con tres cadáveres en un patio de la Salpetriere. A la inauguración, el 15 de abril de 1792, asistieron Guillotin y otros médicos. Diez días después, el aparato funcionaba en presencia de una inmensa multitud en la plaza de la Grève: su primer cliente fue un ladrón llamado Jaime Pelletier.

Inicialmente, la máquina recibió distintos nombres: *Mirabelle*, *pequeña Louison* y *Louissette*; predominó el de *Guillotina*. No fue, sin embargo, una invención reciente. Mc. Nalhy refiere que en el 1300 en Italia era usada para ejecutar a nobles y se la conocía como *mannaia*; en Alemania, como *diele o hobel*; en Escocia, como *delabra*.

Jean Joseph Sue publicó un folleto con el título de "Opinión del ciudadano Sue, profesor de Medicina y Botánica, sobre el suplicio de la guillotina". Atacaba el método de ejecución, afirmando que la cabeza desprendida permanecía sensible por muchos segundos. No transcribimos los argumentos de Sue para no extenderlos en demasía, pero es curioso que propusiera, como más humana, la muerte por asfixia.

Al referirnos a los episodios precedentes, hemos creído necesario revelar la escenografía de la que participaría el personaje principal de nuestro relato.

Soubervielle recibió una excelente educación profesional. Entre sus familiares hubo aproximadamente veinte médicos y cirujanos. Su abuela se había casado tres veces, siempre con un cirujano, y su último marido era el hermano mayor del *Hermano Come*. De los cinco hijos que tuvo, cuatro ejercieron la cirugía. Un tío materno, cirujano, se encargó de orientarlo en sus primeros pasos y lo puso bajo la protección de *Larrey*. Se dirigió a París en 1774, a los veinte años. Trabajó durante cierto tiempo en el servicio de *Ferrand*, en el *Hôtel Dieu*, primero como externo y luego como interno, en calidad de estudiante y manteniendo siempre su relación con el *Hermano Come*, de quien heredó los instrumentos.

En 1789 fue nombrado Cirujano Mayor de los "Vencedores de la Bastilla". Intervino en política en frecuente relación con *Marat*, *Danton* y *Camilo Desmoulins*, a los que enviaría, excepto a *Marat*, a la guillotina sin mayores reparos.

Fouquier Tinville lo llamó a juzgar a *Danton*, *Fabre d'Eglantine*, *Desmoulins*, *Chabot*, *Westermann* y otros.

Amigo y confidente de *Robespierre*, concurría diariamente para tratarle la úlcera de una pierna, hecho que el Dictador mantenía en secreto. Cuando se decidió procesar a *María Antonieta*, *Soubervielle* fue convocado a juzgarla junto con *Renaudin* y *Antonelle*, que no eran médicos. Aparentemente quiso excusarse, pero se le recordó que en una ocasión había intercedido para mejorar las condiciones de la reclusión de *María Antonieta*, que sufría abundantes metrorragias y vivía en un ambiente frío y húmedo. Como juez, votó por la condena a muerte de la Reina.

Las prisioneras embarazadas podían eximirse de la ejecución; ya en 1670 se había reglamentado lo atinente a esta circunstancia. La ejecución se postergaba si se comprobaba el embarazo de la condenada, pero *Fouquier Tinville* no siempre respetó el informe de quienes habían alegado estar embarazadas, aun comprobada su realidad por los médicos.

Una señora *Kelly*, cuyo marido había sido ejecutado por hacer llegar fondos a los emigrados, fue detenida. Al alegar su embarazo, dos médicos, *Navry* y *Soubervielle*, con una comadrona la examinaron e informaron que no podían emitir juicio con certeza. Pasaron varios meses y, tras un nuevo examen, se negó la existencia del embarazo, por lo que fue ejecutada.

Soubervielle logró fama y fortuna practicando la extracción de cálculos vesicales por la talla suprapúbica, que había sido realizada por *Pierre Franco* doscientos años antes. Todos los litotomistas la habían reemplazado por la talla perineal mediana o lateralizada. La litotricia, particularmente en manos de *Civiale*, se había generalizado al punto que *Soubervielle* repetía: "La litotricia, esa maldición de la cirugía". En 1823 operó en Inglaterra, en el Hospital de *Westminster*, el mismo en donde, cien años antes, *James Douglas* la había practicado para luego caer en el olvido.

Dirigió varias comunicaciones a la Academia de Medicina y al Instituto. En 1834 se le otorgó el premio *Monyon* por la conservación del precioso método de la talla y por los perfeccionamientos aportados. Anunció la publicación de un *Tratado de las enfermedades de las vías urinarias* que no llegó a efectuarse.

Durante la restauración, *Soubervielle* ocupaba el cargo de Cirujano en Jefe de la Gendarmería de París. Como otros oficiales de la guarnición, había sido invitado a presentar sus homenajes a la familia real. La duquesa *Angulema*, hija de *María Antonieta*, había instruido al ujier para que mencionara en voz alta a los que llegaban. Cuando la duquesa oyó el nombre de quien había condenado a su madre, se desmayó. *Soubervielle*, víctima del escándalo que provocó, fue dejado cesante de su cargo.

Falleció el 10 de julio de 1846, a los 92 años.

BIBLIOGRAFÍA

- Bainville, J.: Histoire de France, Tomo II. Librairie Plon, París, 1933, págs. 41-95.
- Cabanés: Le cabinet secret de l'histoire (4ª serie). Albin Michel Edit., París, 1905, págs. 109-154, 174-192.
- Cabanés: Leyendas y curiosidades de la historia (1ª serie). Edit. Mercurio, Madrid, págs. 297-309.
- Fabre: Bibliotheque du medecin praticien; Tomo II, págs. 225-316.
- Guthrie, D.: Historia de la medicina. Salvat Editores S.A., Barcelona-Buenos Aires, 1947.
- La Revolution Francaise. Encyclopedie par l'image. Hachette, París.
- Lenotre, G.: Historias íntimas de la Revolución Francesa. Edit. Plus Ultra, Madrid, págs. 43-50, 283-291.
- Macaulay Lord: Estudios Biográficos, Tomo XXV. Biblioteca Clásica, Madrid, 1880, págs. 332-335, 458.
- Mc. Nalty, A.: The Sues - an illustrious family of french surgeons. *Brit. J. Surg.* XIV: 403-413.
- Park-Thiers: Histoire de la Revolution Francaise. Tomos I a X: Revue de Chirurgie. Félix Alcan Edit. París, 1887.
- See, M.: Étude sur la taille hypogastrique; págs. 36-53, 116-145.

COMENTARIO EDITORIAL

Me parece acertado que la Revista de una sociedad científica promueva la divulgación, el estudio y la investigación sobre la **Historia de la Medicina** entre sus asociados.

La American Urological Association posee el cargo de Historiador (*Historian*) y la European Association of Urology cuenta con un Comité de Historia (*Historical Committe of the E.A.U.*). por lo tanto, estimo que la Sociedad Argentina de Urología no debe privarse de este capítulo.

Congratulo al autor por la feliz idea de introducirnos en el conocimiento histórico de un hecho como la Revolución Francesa y, por medio de la "pequeña historia", de revelar aspectos poco conocidos, pero no por ello menos valiosos, sobre el accionar que les cupo a los médicos, en especial urólogos, durante aquellos cruciales años.

Resulta difícil en esta ocasión, por la erudición del escritor, esclarecer el texto sin reiterar algunos conceptos y su cronología.

Con referencia al creador de ese "medio" para decapitar a los condenados a muerte, mencionaré que el cirujano *Antoine Louis*, secretario perpetuo de la Academia Francesa de Medicina y médico legista, colaboró con el doctor *Ignace Guillotin* en la presentación ante la Academia, en junio de 1791, de un trabajo sobre las ventajas del uso de la "guillotina" desde el punto de vista médico y moral.

Si el doctor *Guillotin* se empeñó en que la Asamblea

aprobara en 1789 el castigo de los delitos por su mismo género, en que los condenados a muerte fueran decapitados por ese simple mecanismo que "consta de un tablero y una cuchilla triangular, colocada entre dos maderos que, al tocar un resorte, cae sobre la cerviz del reo"; si se desveló en 1791 por encontrar razones médicas y morales para que así ocurriera y terminó por asistir en 1792 a la prueba *in vitro* de dicha maquinaria, no existen razones para negarle la paternidad del engendro.

Remontadas entonces por el autor y convencidos de los hechos y de las circunstancias, podemos identificar a su personaje.

En pleno "siglo de las luces", en 1774, hace su aparición el doctor *Soubervielle*, quien como cirujano fue discípulo del "Hermano" Come, gran litotomista perineal de la época. Sin embargo, *Soubervielle* alcanzó la celebridad practicando la talla suprapúbica para el tratamiento de los cálculos vesicales, mucho más frecuentes en épocas pasadas.

Le tocó vivir activamente todo el período de la Revolución Francesa y participó voluntariamente en sucesos que no sólo marcaron la historia de Francia, sino la de toda la Humanidad.

Fue asignado por la Convención Nacional para la atención médica de María Antonieta de Austria durante su prisión en 1792, del mismo modo que Vieq d'Azir había sido el médico personal en la Corte.

Ejecutado Luis XVI en enero de 1793, María Antonieta fue llevada, en octubre de ese año, ante el Tribunal Revolucionario. *Soubervielle* fue uno de los tres jueces del tribunal que la condenó a morir decapitada. Si bien es cierto que fue designado por Fouquier, trató de excusarse por haberla asistido durante su encierro; desistió de hacerlo cuando se le manifestó que en ese caso podría ser acusado de traición a la patria, aun siendo amigo y médico personal de Robespierre.

El Régimen del Terror, en esa época, no sólo devoraba a la nobleza, sino que también lo hacía con las más encumbrados personajes revolucionarios. Una vez más nuestro tétrico personaje *Soubervielle*, como juez, envía a la guillotina en abril de 1794 a Danton, Demoullins y Fabrè, entre otros.

A finales de julio de 1794, Maximilien Marie Isidore de Robespierre, diputado del Tercer Estado Francés, Presidente del Comité de Salvación Pública, el incorruptible, el defensor del pueblo, el conductor durante el período de Terror, fue arrestado. Se resistió y recibió un pistoletazo que le destruyó el maxilar. Su amigo, nuestro lúgubre personaje, realizó quizás su único acto piadoso. *Soubervielle* le practicó las curaciones indispensables para que afrontara un juicio sumarísimo y terminara ese mismo día en la guillotina.

Soubervielle, como juez, actuó sin compasión ni clemencia, no le vaciló el pulso para enviar al cadalso a sus reos; como médico, no pudo salvar a María Antonieta, tampoco a su amigo Robespierre y menos aún a la pobre Sra. Kelly.

A este cirujano que practicó la urología con fama y renombre en su tiempo, el destino lo colocó en medio de un turbulento período. *Soubervielle* fue entonces víctima y victimario de la Revolución Francesa, que lo transformó en un siniestro urólogo, al que hoy sus pares no podemos rendirle culto.

BIBLIOGRAFÍA

Amesa Noguier, Rizzoli, Larousse: Historia Universal Ilustrada, 1974

Crouzet Amaurice: Historia General de las Civilizaciones. Siglo XVIII. Edit. Destino, 1958.

Lain Entralgo, P.: Historia de la Medicina. Salvat Editores, 1979.

Lyons, A. y Petrucelli, J.: Historia de la Medicina. Doyma Ediciones, 1980.

Mirolí, A.: La Medicina en el Tiempo. El Ateneo, 1978.

Dr. Norberto M. Fredotovich

Docente Asociado de Urología, Facultad de Medicina, UBA

Jorge Miles 131 - (1831) Monte Grande

Provincia de Buenos Aires - Argentina

Tel. 290-1787

SAU